

DOS HISTORIAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PAZ

***Marían Janile Yagüé Flórez**

**Estudiante de la Universidad de la Amazonia
E-mail: marianjanile25@hotmail.com*



El hecho de salir de casa emociona. Imaginaba, esta vez, otro mundo gracias a la búsqueda de historias que encontraría tras una barrera nombrada guerra, esa que por unos 50 años se había encargado de impedir un acercamiento entre seres humanos nacidos en una misma patria.

Veintisiete de abril, año dos mil diecisiete. Los verdes paisajes destellantes se asomaban por las ventanas del vehículo acompañando al III semestre de Literatura y Lengua Castellana. Una lona verde se despliega por el lado izquierdo del camino, dejando ver por encima de ésta, algunos plásticos de caletas desde donde nos daban la bienvenida a la Zona Veredal Transitoria de Normalización “Héctor Ramírez”. Rostros y brazos se animaban en nuestra dirección.

El mixto¹ se detuvo. Al saltar a la tierra unas manos amables aparecieron para ser estrechadas; estaban llenas de experiencias y memorias, esas que ansiosamente quería descubrir. En unos minutos se multiplicaron los saludos; las personas avanzaban hacia cada uno de nosotros, recordándonos lo comfortable que se siente tener a alguien que está esperando por ti.

La mayoría llevábamos consigo molestas goticas que rodaban por el cuerpo. En contraste, dio curiosidad ver que la mayoría de hombres y mujeres de las FARC utilizaban sus gruesos uniformes color bosque y aún así traían una frescura que motivaba a dejar de lado las consecuencias del clima. Nos condujeron al lugar donde nos quedaríamos. Del otro lado de la carretera se encontraba una fortaleza construida con lona verde, madera y un gran plástico negro que en parte dejaba pasar los rayos del sol.

Expectantes mirábamos el lugar. Alrededor árboles que habían sido cortados para la construcción, se escucharon unas voces llorando; otros niños corrían con sus juguetes en mano buscando a sus madres. Tomamos asiento en unas improvisadas sillas hechas con troncos, uno de los fareanos desplegó su voz por todo el recinto. Nos explicó la organización con la que realizan sus funciones. En cuestión de segundos pudimos darnos cuenta de la disciplina con la que trabajan las distintas comisiones. La responsabilidad que asume cada integrante se convierte en un elemento vital.

Decidimos distribuirnos en grupos. Entablaríamos una charla con algunos miembros de FARC. El encuentro permitiría a muchos cambiar verdades absolutas, esas que se han enterrado en nuestro ser por distintas situaciones. Las personas con las que trabajaríamos se dirigían hacia nosotros con pasos firmes. Mi compañera y yo saludamos con leve nerviosismo a los excombatientes. Una vez nos estrechamos las manos, sentí su sinceridad y fuerza. En ese momento recordé que lo desconocido se convierte en algo mutuo pero superable. Buscamos una esquina del lugar y nos sentamos cómodamente en unas sillas de plástico, frente a frente.

UNO

Una mujer morena me observaba detenidamente con sus ojos miel; llevaba las manos unidas frente al regazo y un chal con estampado de leopardo sobre el cuello. Las botas negras, el pantalón y la blusa verde la hacían resaltar: no estábamos frente a una mujer

¹ Chiva o bus escalera adaptado de forma artesanal para el transporte público rural

cualquiera. Nury Marín, de 38 años, había sido abrazada y vestida por la guerra, que vivía no solo en sus memorias, sino en su corazón.

Ingresó al frente XV de las FARC en 1993, cuando sólo tenía catorce años y sus estudios académicos quedaron en quinto de primaria. Y aquí, en las FARC, desarrolló su fortalecimiento personal, aceptando las ideologías políticas de la guerrilla y su justa causa.

Nury nos dice que está apta para hablar y revelar todo lo que su aliento le permita, como si el hablar produjera cierta tranquilidad en su conciencia o como si fuese una manera de hacer suyo el tiempo jamás recuperado, ese que huyó entre sonrisas, entre jadear adioses y lágrimas. Ella tomó la decisión de ingresar a las filas de Farc por la difícil situación económica en la que existía su familia.

Vivían en una finca de la vereda “Campo Alegre”, municipio de Solano. Le atraía la seguridad con la que las guerrilleras portaban sus uniformes y armas, le parecía que ellas tenían el poder de cambiar muchas cosas respecto a su situación, además, de bonitas con su uniforme y las moñas de colores. De inmediato se sintió impulsada a contarle a la mamá que se iba de la casa. Quería ayudar. Su familia lloraba desconsolada mientras ella caminaba decidida hacia su destino. Nadie la detendría.

Cuando llegó al campamento, inició su preparación física rigurosa. Al final del día se sentía tan cansada que su cuerpo hablaba con su alma con suplicas de no continuar. Comenzó a estudiar la línea política del grupo. Pensar una patria sin miseria, con oportunidades en justicia social, con amor a los semejantes, nunca lo había oído. Se trazó una meta: realizaría una preparación en medicina. Ahora, cada vez que había un herido en combate era ella la que tenía la responsabilidad de salvar la vida de su compañero, sin importar que tan difícil fuera entrar en la selva o en zona de combate. Sobre sus hombros llevaba un bolso cargado con un botiquín de primeros auxilios que se convertía en una cosa tan preciada como su arma. Día a día se embarcaba por horas selva adentro dispuesta y preparada para los combates, mientras a veces pensaba que el único cautiverio donde podría quedar atrapada para siempre era la muerte.

Inicialmente le daban terror los enfrentamientos que ocurrían entre sus compañeros y el ejército. Nos cuenta que el ruido de las balas se insertaba en sus oídos con tanta intensidad que incluso llegó a sentir mareos. Era como si se encontraran en manada cubriendo el monte de lado a lado mientras salen disparados los animales huyendo de sus acosadores. En este momento Nury sonríe de lado y trata de calmar las aguas diciéndonos que es cuestión de ver la muerte tan cerca para que el miedo deje de perseguirte.

La vida transcurre, el tiempo corre sin aviso alguno. El mismo que todo lo da y todo lo quita. Consolidó una vida fariana, llena de experiencias, cargos y aprendizajes, pero en ese entonces tuvo grandes pérdidas. Los recuerdos de su familia que por muchos años se estancaron, la muerte de varios compañeros y de uno de sus novios. Sintió miedo,

percibió que estaba tan cansada y pequeña. Decidió cambiar de vida: una nueva se desarrollaba dentro de sí. Se arriesgó junto con su pareja actual a dejar las filas, no se lo manifestaron a nadie. Llegaron a Florencia, se quedaron por unos cuantos días en casa de un familiar y en una tarde, cuando yacían plenamente en la cama, golpearon fuertemente la puerta y gritos confusos llegaron a sus oídos. Era la policía. Estaban en el lugar para capturar a unos guerrilleros peligrosos: eso escucharon de las personas que los rodeaban al momento de ser arrestados. Fueron judicializados. Su pareja determinó desmovilizarse lo veía como su única salida. Nury aceptó cargos por rebelión y fue condenada a “pagar” cuatro años de cárcel en “La Picaleña” en Ibagué. Ahí vivió el tiempo más doloroso y la espera más desesperada. Perdió a su bebé por causas que aún no sabe, pero tiene claro que fue por la situación tan difícil en la que se encontraba. Nury baja la cabeza, mira un instante al suelo, vuelve a levantarla y sus ojos se cristalizan.

Ahora es una mujer con expectativas y con un enfoque a la realización de sus proyectos educativos. La guerra le dejó muchas experiencias y también temores. Hoy es una mujer valiente, fuerte y no le importa si el destino es inclemente porque sabe que lo enfrentará.

DOS

Junto a Nury se encontraba un joven indígena uniformado. Venía con la mirada puesta en sus manos y jugaba con sus dedos. Jairo Martínez, a sus 19, años ya había estado en combate varias veces. Nos regaló una sonrisa nerviosa. Alcanzó a cursar el séptimo grado en una escuelita de Campo Alegre, y desde ése entonces se unió a las Farc. Recuerda que comenzando unas vacaciones se despidió de sus compañeros de clase como si se fueran a ver una vez más. Jairo ya tenía tomada una decisión por la cual lucharía.

Cuenta que se las ingenió para huir de casa a gran velocidad, con tan sólo lo que llevaba en el maletín y la ropa puesta. Al llegar a las filas del movimiento político armado, las piernas le temblaban y tenía el corazón acelerado. En el frente XV empezó a recibir educación. Él pensaba que todo sería fácil, pues venía de un hogar muy pobre, pero las condiciones en las que vivía junto con sus compañeros le demostraron lo contrario: el niño de siete años empezó a trabajar duro, tanto en el aprendizaje del curso básico como en la práctica; buscaba destacar para encajar en un nuevo mundo.

Jairo aún se encuentra estudiando, no desempeña una función especial dentro del grupo de militantes pero se destaca muy bien en el campo militar; es un joven disciplinado, calmado y estratégico. Una de sus ventajas es ser experto con los “pisa suave”.

Nos habla de una de sus primeras veces en combate, recordando con precisión el sumo cuidado que debía tener, por la protección de sus compañeros y la suya. El terreno podía estar a su favor o en su contra y para ello avanzaba en distintas posiciones, según las ordenes. Sabían que el ejército se encontraba cerca. Debían acelerar para resguardarse y no tener enfrentamiento cerca de fincas habitadas. Esa noche descansaron “atrincherados”, y con el fusil en mano. El muchacho evoca el sonido de los perros ladrando cuando el

amanecer se aproximaba. Cerca de ellos había un barranco, su única salida. Los soldados revisaban el lugar y alrededor del monte. Pasaron muy cerca de ellos y no los miraron, así que recibieron la orden de tirarse por el barranco.

Todos los guerrilleros se dispersaron. Mientras Jairo rodaba escuchó el sonido de las balas. Se sentía sofocado y en angustia pero de vez en cuando quedaba protegido por la vegetación. Recuerda que al estar en un terreno firme corrió a resguardarse tras un árbol, pero uno de los soldados ya lo tenía en la mira; empezó a “quemarlo”: le daba justo cerca a los pies. La tierra se levantaba en reclamos por sus heridas y Jairo empolvado trataba de protegerse. Nos dice: “ahí es cuando uno no sabe si salir corriendo, esperar a que lo maten o utilizar todo lo que tiene contra una sola persona. La mente empieza a darle vueltas a uno y al final no queda en nada porque los nervios lo traicionan” En medio de la confusión Jairo aprovecha que el soldado se esconde tras un árbol, logrando tirarse tras de un cerco donde había vegetación. Cae duramente contra el terreno, justo en un chuquio.

La ráfaga de los voladores asesinos cruzaba de lado a lado. Un tirador ya se había dado cuenta de su posición y disparó a su cuerpo. El muchacho recuerda el impacto: fue con tanta fuerza que dio una vuelta y cayó nuevamente. Pero le rozó el camuflado, eso le bastó para que sintiera que todo a su alrededor se movía como si el mundo lo fuera a abandonar.

Cerca de él había unas tejas y en ese lugar se refugió. Debía encontrar a sus compañeros. Tomó unos segundos de reposición y salió corriendo para seguirse refugiando tras los árboles. Cerca pudo oír el sonido de una quebrada; frente a él se alzaba un maizal; se introdujo en éste cuidadosamente buscando su seguridad. Se dio cuenta de que no estaba solo. Todo el tiempo llevaba el arma apuntando y la respiración era muy fuerte. No sabía quién estaba con él. Nos dice: “ese fue el susto más verraco que yo tuve”.

Una de sus compañeras gritó su nombre y ambos se unieron para salir de ahí ilesos. Cogieron quebrada abajo, entre el tiroteo y después de tanto caminar se encontraron con el resto de sus compañeros junto al agua.

Este muchacho tiene mucho para contar en su corta vida. Nunca se imagina alguien que detrás del título guerrillero pueda encontrarse una persona tímida y amable, que se empeña en ser constante en su disciplina y responsabilidad, pero que es particularmente distinguido entre sus compañeros: lo reconocen como “el dibujante”.

A veces le gustaba resguardarse bajo la sombra de un árbol, con sus libros en mano y alguna hoja de cuaderno acompañado de un lapicero. Convierte una tarde de repasos teóricos en trazos detallados de grandes hombres o algún escudo u objeto representativo, que le ayudaban a aclarar ideas e interiorizar información.

Él no solía dibujar mucho en la selva por sus tareas como militante o incluso en ocasiones la preocupación no lo dejaba. Pero nos cuenta que en oportunidades dibujaba sobre un trozo de papel arrugado o en cualquier otro elemento: su concentración la dirige hacia el

espacio disponible, buscando encontrar tranquilidad en sus ilustraciones, un momento de reflexión e interiorización, independientemente de lo que trace.

No considera que esto sea un error en su posición, a pesar de que en algún momento se pueda creer que el arte es ocio, y que por eso se convierte más que en una distracción, es su mejor aliado para sobrevivir, pues esto le permite centrarse en un objetivo y ser decidido en sus caminos. Comenta que el dibujo no es para él un pasatiempo. Dice que es mejor significarlo como una forma de tener paz.

Nuestros rostros se encontraron nuevamente: cuatro, personas diferentes en un mismo lugar. Pensé en ese momento que no existían barreras: habíamos aprendido algo nuevo ese día.

Uno nunca se imagina cuánto puede significar la palabra del otro; o que algo tan sencillo como escuchar se pueda convertir en un conector de mundos. Todos somos seres sensibles y por lo tanto estas historias nos ayudan a comprender la importancia de conocer y buscar un bien común. Nuestras diferencias nos hacen más fuertes.

Entendemos que es el comienzo de todo un proceso que se viene en busca de un cambio, de un nuevo horizonte que nos permita crecer. Claro que esto requiere de un trabajo duro, y mutuo por alcanzar un objetivo: A pesar de que a veces uno considere que son cosas imposibles. Hay que ser positivos para concientizarnos de la importancia que representa el otro en nuestra vida y respetarlo. Se ha sufrido mucho por ideales de una patria nueva.



Foto: Julián David Mejía Vargas

Ilustración: Excombatiente Farc-ep. Fotografía: Julián David Mejía Vargas